

ct

Tercer perro

de
Mariela Anastasio

(fragmento)

SEGUNDO PERRO

“Me esperas allí donde no voy a ir: me amas allí donde no estoy” (R. Barthes)²

SUEÑOS

De este lado del Ring

SILVINA

Tuve un sueño horrible. Soñé que bombardeaban la casa...era tan real. Yo estaba en la cama. Escuché clarito por la ventana del cuarto los estruendos y unas sirenas. Lo escuché clarito, y me asusté. Pensé que era el fin. Estiré la mano para buscarlo, pero él no estaba durmiendo conmigo. Sentí mucho miedo. Me desperté, y me di cuenta de que el ruido era del aire acondicionado de nuestra pieza que se estaba rompiendo. Todo se estaba rompiendo. Me desperté y estaba sola. Hernán hacía muchas noches que ya no dormía en nuestra cama. Lloré mucho. Lo extrañaba, y sabía a la vez que él ya no iba a volver.

Del otro lado del Ring

HERNÁN

Desde que desapareció, es que empecé a soñar con él, obsesivamente. Soñaba que volvía. Que venía corriendo, o que lo encontraba moribundo en una calle; que estaba en el patio, que había estado ahí desde siempre y que me lo decía: *“Nunca me fui. Estuve acá, en mi cuchita. No me viste. No me supiste cuidar”* Muchas veces conversábamos. Me reconfortaba tanto verlo, acariciar su lomo. Una vez hasta lloramos juntos. Yo sé que los perros no lloran, pero el mío sí, porque él es como yo y entonces llora. Tenemos tanta pena adentro, que los ojos ya se nos pusieron vidriosos, y así los tenemos, como afiebrados. Los parpados pesan. En la noche aullamos. Presentimos la muerte. Yo lloraba cada noche, como una nena, como un perro. Yo estaba muerto de pena, y solo.

DOCTOR BARTHES

(En el micrófono, explica) Cuando me ocurre abismarme así es porque no hay más lugar para mí en ninguna parte, ni siquiera en la muerte. La imagen del otro –a la que me adhería, de la que vivía- ya no existe; tan pronto es una catástrofe, la que parece alejarla para siempre, tan pronto es una felicidad excesiva la que me hace reencontrarla; de todas maneras, separado o disuelto, no soy acogido en ninguna parte; enfrente, ni yo, ni tú, ni muerte, nadie más a quien hablar.

Suena una campana. Un cartel luminoso, en letras de láser pivotea por el espacio: “SEGUNDO PERRO”, hasta que se queda quieto y como estampado en el piso blanco del cuadrilátero. Luego titila, hasta que se apaga, y entonces una luz amarilla ilumina todo tenuemente. En el centro, está parado el Doctor Barthes, frente al micrófono. A un lado del ring, está Silvina, sentada, que espera. En la otra esquina, el banco de Hernán está vacío.

DOCTOR BARTHES

Parece que Hernán va a faltar a la cita hoy. Tal vez podamos aprovechar este tiempo, para que usted me cuente, sin la presión de él, cómo cree que esto se deterioró hasta aniquilarse... porque parece ya que no hay vuelta atrás.

SILVINA

(Se afloja en la silla. Se suelta el pelo y se lo revuelve con la mano. Suspira. Se adelanta un poco, distendida) A ver si puedo empezar a hablar sin quebrarme.

DOCTOR BARTHES

Tómese su tiempo.

(En el Guardapolvo del Doctor, se proyecta la palabra CULPA)

SILVINA

Pienso en la culpa. Pienso todos los días en la culpa. Si realmente fui yo, o fue él, el que echó todo a perder... pero después me digo que una pareja es de a dos, y después también recuerdo ciertas cosas y me pongo a dudar. ¿Sabe qué? No se lo diga a Hernán... pero sí siento culpa, o *responsabilidad* por al menos una de las muertes *(Pausa)* Por la primera, no. La verdad es que creo que eso fue un accidente, y como usted sabe, marcó una bisagra, un punto de inflexión en nuestra relación. O más bien fue la primera piedra que empezó a cascotearnos... lo del segundo perro vino en un momento raro... parecía que había calma, pero yo más bien creo que era como una olla a presión. Y bueno, explotó, con la muerte de este nuevo perro, que adquirimos muy rápido después de la muerte de Luter *(Pausa)* Luter era el perro de Hernán. Se lo había encontrado en la calle un día, y lo trajo a casa una noche en que hacía mucho frío. A mí nunca me gustaron los perros. Esto Hernán lo sabía, y por eso siempre dice que lo hice a propósito. Pero yo no sería capaz de tal cosa. Yo al principio mucho no quería, pero él estaba muy ilusionado, y prometió que iba a encargarse. Finalmente consentí... un poco el perro ya se había instalado en la casa, y entonces colaboré con la limpieza y sus cuidados, aunque nunca lo sentí enteramente mío. Eso demuestra mi capacidad para adaptarme a los cambios y aceptar algo aunque me disguste... *(Avergonzada)* sí, ya sé que dije algo terrible. Anótelo en su libretita y después me lo hace saber, me lo remarca. Ahora que lo pienso, yo soy capaz de cosas terribles, pero no para con el otro. Yo soy terrible conmigo. Soy capaz de soportar cualquier cosa. Me castigo demasiado. Me hiero a menudo... pero no es el punto. Estaba contando del perro... después de la muerte de Luter, Hernán sufrió mucho y me lo recriminó, como sabe, hasta el día de hoy. Fue muy doloroso para él, porque era su compañero, y aunque yo no quería mucho a su mascota, un poco me había encariñado y hasta lloré cuando lo vi muerto en nuestro patio. Yo lo encontré y yo tuve que decírselo. Fue horrible...

Entra la chica del principio, alzando un perro muerto entre sus brazos, con la cabeza colgando. Se pasea por el cuadrilátero, hasta que lo arroja cerca de Silvina. Silvina se sobresalta.

DOCTOR BARTHES

¿Se encuentra bien?

SILVINA

No entiendo porqué lo hace.

DOCTOR BARTHES

¿Quién? ¿Qué le pasa?

SILVINA

El perro. Para qué lo trae...

DOCTOR BARTHES

¿Quién, Hernán? No la interpreto.

(La chica entra y se lleva el cadáver que deja una estela de sangre sobre el piso inmaculado)

SILVINA

(Volviendo en sí. Los ojos llenos de lágrimas) Yo no maté a Luter.

DOCTOR BARTHES

Recupérese. Tómese un momento.

SILVINA

(Respira hondo. Intenta retomar el hilo del discurso) Después de Luter vinieron días dolorosos, de muchas peleas. Fue muy difícil. Dos meses luego del episodio, era el cumpleaños de Hernán, y a mí se me ocurrió regalarle un perrito, un poco para llenar el vacío, y otro poco para que viera que también lo sentía y que intentaba restablecer algo. Entonces le traje a Alfonsina, una perrita blanca hermosa, cruza de coker y no sé qué otra raza. Al principio Hernán la aceptó con algo de resistencia porque decía que su perro era irremplazable. No era mi intención que hiciera esa lectura. Simplemente yo le quería devolver la alegría. Pero me salió mal. Como muchas cosas que hago, a veces el remedio lo empeora. La verdad es que me encariñé yo más que él con la perrita, y tal vez por eso sea que siento culpa. La tuvimos unos meses –los meses de la olla a presión- y aprendimos a quererla, aunque también ella nos traía discusiones porque era bastante inquieta, rompía las cosas y no nos dejaba dormir. Por eso es que un día resolvimos que durmiera afuera, hasta que descubrimos que la perra se escapaba por un hueco que había hecho en el jardín. Reforzamos esa parte del alambrado, pero la solución o el parche duró tan poco, como los parches que uno le pone a una ropa o a una pareja. Alfonsina se volvía a escapar. No tiene caso que cuente todo con detalle, pero por este asunto nos peleábamos bastante y yo entonces le había prometido a él que me haría cargo de la perrita cuando estuviera en la casa. Y ese fue el problema: la descuidé...

DOCTOR BARTHES

¿Cómo?

SILVINA

Se escapó. Yo estaba trabajando en casa, redactando unas cartas para mi jefe que me habían quedado de la oficina. La perra se escapó. Yo la escuché en la calle, pero no fui a verla. Estaba concentrada en mi trabajo, y recuerdo que me convencí de que podía observarla desde la ventana... pero no la miré. No fui. ¿Y sabe qué pasó? La atropelló un auto. *(Se escucha un ruido de choque, ladridos, aullidos, gritos. Todo muy confuso. Silvina se agarra la cabeza. Murmura)* No fui. No fui. No fui *(Levanta la cabeza)* ¿Lo habré hecho a propósito? *(Pausa)* La perrita se murió en el acto. Tenía reventada la cabeza. Cuando fui, ya no estaba el auto. Sólo ella tirada en la calle, el cráneo

destrozado, una pata rota, los órganos colgando hacia fuera. Un desastre. Yo estaba sola. Jamás me sentí tan sola. Empecé a temblar, sentí mucho frío y odio y tristeza, pero no lloré. La miré y resolví volver hasta la casa a buscar una bolsa, algo... volví y la levanté como pude... metí lo que quedaba del perro en una bolsa negra de consorcio, y la arrastré hasta mi casa. Estaba a una cuadra. La dejé en la puerta. No sabía si dejarla ahí para la que llevara el basurero, o enterrarla, o esperarlo a Hernán. La dejé en la vereda. Me metí en la casa, pero no pude seguir con mis tareas. Me quedé mirando por la ventana, como en blanco, sin comer, muerta de frío, hasta que se hizo de noche y llegó Hernán.

DOCTOR BARTHES

A eso nosotros le llamamos “ser ascético”. La persona dice: puesto que soy culpable de esto, me voy a castigar, voy a maltratar mi cuerpo. Me levantaré temprano para trabajar aunque sea todavía de noche, como un monje. Seré muy paciente, un poco triste. Remarcaré históricamente mi duelo -el duelo que presumo- en mi vestimenta. Le diré al otro: “mirame, mirame lo que hacés de mí”...

SILVINA

Eso hice. Estaba destruida. Me sentía mal y culpable. Me sentía horrible, y entonces es verdad que a partir de esa otra muerte, empecé a empeorar. Estaba como deprimida. Me descuidé mucho. Me puse muy gorda. Dejé de arreglarme y de hacer gimnasia. Dejé que aparecieran mis canas. Y un día ¿sabe qué pasó? Me puse un batón de mi madre. Sólo me vestía “bien” para ir al trabajo. Pero cuando regresaba a mi casa, me ponía las pantuflas y ese batón horrible que empecé a usar. ¡Un batón, a mi edad! Un desastre. Un día Hernán me vio con él puesto... yo ya no tenía registro de que lo usaba, de que no lo seducía, de que entre nosotros no pasaba nada. Entonces me dijo... nunca lo voy a olvidar... me dijo...

(Se ilumina el banco donde ahora está Hernán, que dice:)

HERNÁN

“Estás vieja, Silvina. Estás fea. Estás histérica. No me gustás... como nada me gustás. Y ya no te quiero”

(Se apaga el cuadrilátero)